

S. AMBROSIO, OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA

DÍA 7 DE DICIEMBRE

Por P.Juan Croisset, S.J.

San Ambrosio, uno de los más célebres doctores de la Iglesia, era hijo de Ambrosio, prefecto del Pretorio de las Galias, dignidad que daba entonces en el imperio el mayor honor y la primera autoridad después del Emperador: nació el año 340 en la ciudad de las Galias, donde residía entonces su padre; esto es, ó en Arles, ó en Tréveris, ó en Lyon. Su nacimiento fue acompañado de un presagio seguro de su futura elocuencia; pues estando aún en la cuna entró en el cuarto un enjambre de abejas y, revoloteando alrededor de él, parecía que entraban en su boca y salían unas después de otras. Corrieron á echarlas de allí; pero el padre, que se hallaba presente, no dudando que hubiese en esto algún misterio, lo embarazó, y quiso ver el fin de este prodigio. Pasado un rato, salió el enjambre por la ventana y se elevó tan alto por el aire, que le perdieron de vista. Al ver esto, dijo su padre que su hijo sería algún día una cosa grande, si Dios le conservaba la vida. Le educaron con cuidado, y su educación correspondió á la piedad de sus padres y la nobleza de su nacimiento. Tuvo la dicha de tener una madre todavía más distinguida en el mundo por su eminente piedad que por lo elevado de su condición. De tres hijos que tuvo, no hubo uno que no fuera santo. Su hija, que era la mayor de todos tres, fue Santa Marcelina; su hijo mayor fue San Sático, y el menor de todos, que era Ambrosio, los sobrepujó en méritos y en

santidad á todos.

Ambrosio se mantuvo en las Galias hasta la muerte de su padre; después de la cual se fue con su madre á Roma, no teniendo más que cuatro ó cinco años de edad. El niño Ambrosio mostraba ya en sus más tiernos años un genio tan vivo, tan despejado y tan superior á todos los de su edad, que procuraron aplicarle con tiempo al estudio de las bellas letras. Habiendo su hermana Marcelina hecho profesión de virginidad, y recibido el velo de mano del Papa Liberio, Ambrosio quedó admirado y movido de este ejemplo doméstico, y, juntando la piedad al estudio, vino á ser el mancebo más cabal que se conocía en Roma; se adquirió la amistad de Anicio Probo, prefecto del Pretorio; peroró algún tiempo en su tribunal con tal elocuencia y majestad, que Probo le eligió por su asesor, y poco tiempo después le nombró gobernador de la Emilia y de la Liguria, que comprendían todo el país conocido hoy bajo el nombre de Milanesado, Genovesado, Piamonte, Parmesado, Bolones, el Modenés, y el Estado Eclesiástico. Luego que el emperador Valentiniano hubo confirmado esta elección, á que añadió las insignias del consulado, el prefecto Probo dijo á Ambrosio cuando partía para su gobierno: «Ve, y obra, no como juez, sino como obispo»; queriendo darle á entender en esto que un gobernador debe ser padre del pueblo por su afabilidad y su dulzura.

Ambrosio para esto no tuvo que hacer otra cosa que seguir su natural. Se portó con tanta cordura, y supo ganar tan bien los corazones de todos, que se respetaba hasta el solo nombre de Ambrosio. No había sino uno ó dos años que estaba en Milán, cuando el año de 374 murió Augencio, obispo arriano, á quien el emperador Constancio había entrometido en aquella iglesia: se movió una gran disputa entre los arrianos y los católicos de Milán sobre la elección de sucesor, queriendo cada

uno de los dos partidos poner en la cátedra episcopal un sujeto de su comunión: creyó Ambrosio que como gobernador debía ir á la Iglesia; en efecto fue, y arengó al pueblo en el asunto de la elección con tanta elocuencia, que llevó todos los espíritus a la paz y tranquilidad pública. Apenas acabó de hablar, un niño exclamó en medio de la Iglesia: *Ambrosio obispo*. Este grito se tomó como una voz del Cielo, y toda la multitud se puso á repetir por tres veces con grande aplauso: *Ambrosio es nuestro obispo*. Lo que hay más que admirar aquí es, que todos los espíritus se unieron en este punto como por milagro, por más que fuesen de diversa secta, y todos convinieron en pedir por él, aunque era magistrado y no era todavía sino catecúmeno. Todos reconocieron la voz de Dios en esta unanimidad. Ambrosio solo fue el que no quiso reconocerla; nunca habló con más fuerza y elocuencia que para defenderse de admitir el obispado. Enviaron al emperador Valentiniano una fiel relación de todo lo que había pasado, y este príncipe, que estaba entonces en Tréveris, se llenó de gozo al ver que le pedían por obispo al que él había enviado por gobernador: mandó á Itálico, vicario de Italia, que procurara que Ambrosio se ordenara y consagrara cuanto antes. Recibió después todos los sagrados órdenes, y fue solemnemente consagrado Obispo el día 7 de Diciembre de 374, á los treinta y cinco/años de su edad.

Luego que Ambrosio se vio obispo, distribuyó á la Iglesia y á los pobres todo el oro y plata que tenía, y donó á la Iglesia todas sus tierras. Asimismo se impuso tres obligaciones particulares, de las que jamás se dispensó. La primera, de no pasar día alguno sin decir Misas; la segunda, de predicar todos los domingos el Evangelio á su pueblo; y la tercera, de no omitir nada de cuanto podía contribuir para hacer florecer la religión y destruir la herejía. El estudio de la religión fue el único estudio en que se ocupó mientras fue obispo. Estudiaba

mucho, pero todavía oraba más; y aunque su espíritu era muy eminente, y muy continua su aplicación, la posteridad ha estado siempre persuadida de que su ciencia era infusa; y por este motivo le pintan con el símbolo del Espíritu Santo en una paloma que le habla al oído.

En medio de un trabajo tan grande, mortificaba su cuerpo con un ayuno continuo y con una abstinencia prodigiosa.

San Ambrosio no estuvo mucho tiempo sin hacer conocer lo que la Iglesia debía esperar de su celo y generosidad. Queriendo los ministros del Emperador emprender algunas cosas contra los derechos y los cánones de la Iglesia, se opuso con vigor, se quejó animosamente a Valentiniano, y embarazó el que se hiciera cosa alguna contra el buen orden. Habiendo muerto este príncipe el año 375, dejó el imperio á sus dos hijos, Graciano, de edad de diez y siete años, y Valetiniano el joven, que tenía sólo cuatro. San Ambrosio miró á estos jóvenes emperadores con una ternura de padre; y ellos por su parte le honraron como si fueran sus hijos.

En este tiempo los arríanos, acostumbrados á dominar en la iglesia de Milán, bajo de Augencio, su predecesor, no omitían diligencia alguna para frustrar los deseos y providencias del santo obispo; pero San Ambrosio, sostenido de la autoridad del emperador Graciano, vino á ser su azote, los precisó á convertirse, ó á vivir en paz y callar.

Habiéndose declarado Valente, emperador de Oriente, protector de la herejía arriana, atrajo el enojo de Dios sobre sí y sobre todos sus estados. Los godos vinieron á arrojarse sobre él con un ejército formidable:

yendo en su socorro el emperador Graciano, su sobrino, quiso tener San Ambrosio un preservativo contra los errores de los orientales, lo que obligó al Santo á componer su excelente *Tratado DE la fe*, que fue citado después con tantos elogios en el Concilio general de Efeso. Habiendo muerto en Milán su hermano San Sátiro en el año 389, San Ambrosio predicó su oración fúnebre el día de su entierro, y distribuyó á los pobres los bienes que había dejado. Dos años después hizo convocar un concilio en Aquileya, donde confundió é hizo condenar á Secundiano y Paladio, presbíteros arrianos, y logró del Emperador un edicto en que se prohibía á los herejes tener asambleas en adelante.

Habiendo vacado el obispado de Sirmio, metrópoli de Panonia, fue allá nuestro Santo para embarazar el que ocupase aquella Silla algún obispo arriano, por el favor que lograba esta secta de la emperatriz Justina.

El año 383, habiendo sido asesinado en León el emperador Graciano, por la perfidia de algunos de los suyos que le abandonaron por seguir la rebelión del tirano Máximo, se recurrió á San Ambrosio como el único dique que podía oponerse á este terrible enemigo; aceptó el Santo esta tan arriesgada comisión, se plantó en Tréveris, habló al tirano, y le hicieron tanta impresión sus razones, que dejó la resolución que había tomado de pasar á Italia. Luego que llegó á Milán de vuelta de esta expedición, supo que Simaco, prefecto de Roma y pagano obstinado, queriendo aprovecharse de la flaqueza del gobierno del joven Valentiniano y de su madre Justina, había dirigido una representación al Emperador, en que le pedía el restablecimiento del altar de la Victoria de los sacerdotes paganos, de los sacrificios y de las vestales. San Ambrosio compuso una respuesta á esta representación, tan cabal, tan enérgica y tan concluyente, que el Emperador quedó convencido de la

iniquidad de la petición; negó a los paganos todo lo que le pedían; y se puede decir que, después de Dios, fue la Iglesia deudora á San Ambrosio de esta última victoria que alcanzó sobre el paganismo.

La emperatriz Justina, ingrata á los grandes servicios que nuestro Santo había hecho al Estado, y ciega más que nunca por su arrianismo, viendo que se acercaba la fiesta de Pascua, pidió al Santo una iglesia en Milán donde pudiesen juntarse los arrianos que la servían y acompañaban: el Santo se la negó intrépidamente. La emperatriz mandó, amenazó é hizo ocupar la basílica Porciana á nombre del joven emperador; pero el Santo permaneció inflexible, y fue menester que la ira de la Emperatriz cediese á su intrepidez. El eunuco Caligono, camarero mayor del Emperador, arriano declarado, tuvo la insolencia de decir al santo obispo que le cortaría la cabeza si proseguía en menospreciar las órdenes de Su Majestad. Él Santo se contentó con responderle que, si Dios le permitía cumplir su amenaza como él lo deseaba, Ambrosio padecería como Obispo, y Caligono obraría como eunuco.

Al año siguiente se declaró abiertamente la persecución, en la que Justina no guardó más medidas: resuelta á emplear todo su poder para restablecer el arrianismo en todo el Milanésado, amenazó arrojar de sus Sillas á los Obispos si no recibían los decretos del Concilio de Rímini, y publicó una ley en nombre del Emperador, su hijo, para autorizar las juntas de los arrianos. Benévolo secretario de estado, inviolablemente adicto á la fe católica, quiso más perder su empleo que extender y firmar este edicto. Mercutino, escita de nación, obispo arriano, á quien los herejes habían nombrado obispo de Milán por la facción arriana, y el que, desacreditado por sus delitos, había mudado su nombre de Mercutino en el de Aujencio, que estaba en

veneración entre los arrianos, extendió y dirigió este edicto. La Emperatriz, hallando á San Ambrosio contrario en todo á sus perniciosos designios, determinó pervertirle ó arrojarle de su Silla, y le mandó á decir que escogiera jueces y arbitros por su parte, como Aujencio lo había hecho por la suya, para que la causa de entrambos fuese juzgada por el Emperador en su Consejo; que, si no se adhería á este convenio, no tenía que hacer sino retirarse y ceder su Silla episcopal á Aujencio.

San Ambrosio hizo presentar una respetuosísima representación sobre todos los capítulos, y añadió que, según el edicto de Valentiniano su padre, en las causas de la fe el juez no debe ser de inferior condición que las partes; que á los Obispos tocaba juzgar á los emperadores cristianos en las causas de religión; pero que nunca, por el contrario, habían tenido facultad los emperadores cristianos para juzgar á los Obispos, y que el lego no debe echar jamás la mano al incensario.

La conversión del gran San Agustín es una de las conquistas que harán eternamente una de las más bellas partes del elogio de nuestro Santo; se cree que fue por este tiempo cuando los dos grandes santos compusieron el célebre cántico *Te Deum laudamus*, que hacían cantar a los coros en las juntas de los fieles, para dar gracias á Dios por la calma no esperada que había dado á la Iglesia de Milán y por a victoria conseguida sobre la herejía arriana. A pesar del odio que tenía la Emperatriz á San Ambrosio, necesitó de él en las apretadas urgencias del Estado; recurrió al Santo, y le pidió que volviera á verse con el tirano Máximo. El Santo aceptó esta peligrosa comisión; fue á Tréveris, y habló á aquel príncipe con una libertad y una intrepidez cristiana que pasmó al tirano. Máximo le respetó; pero, como había determinado entrar en Italia y destronar á Valentiniano, hizo poco caso de las razones y representaciones de San

Ambrosio. Sabiendo Justina que el tirano había pasado los Alpes, se retiró á Oriente con su hijo Valentiniano, y fue á arrojarle á los brazos del gran Teodosio. Este gran príncipe les recibió benignamente, y les dijo claramente que su desventura no tenía otro principio que la protección que habían dado á los arríanos, en lugar de escuchar y sostener á los Obispos Católicos. El emperador Teodosio pasó con un ejército á Occidente, atacó á Máximo, lo derrotó enteramente y restableció á Valentiniano en el trono.

Apenas este gran príncipe hubo conocido á San Ambrosio cuando le estimó, le honró y le veneró; pero, si quedó prendado de su gran piedad, no quedó menos edificado de su firmeza en sostener los derechos de la Iglesia. Estando en Constantinopla este príncipe algún tiempo después, y hallándose en la iglesia un día de fiesta, salió del presbiterio después de la ofrenda; y, habiéndole preguntado el patriarca Nectario por qué había salido del coro, respondió el Emperador con un suspiro: «i Ah! Hasta de poco tiempo á esta parte no he sabido la diferencia que hay entre, el sacerdocio y el imperio. Apenas he podido hallar un hombre que me enseñase la verdad: no he conocido otro que Ambrosio que lleve con justo título el nombre de Obispo». Este príncipe tuvo toda su vida una idea tan alta de la prudencia y santidad del santo prelado, que, al morir, le recomendó sus hijos Honorio y Arcadio.

Ningún obispo estuvo jamás en más alta reputación que nuestro Santo; de todas partes del mundo venían á verle, á consultar con él y á oírle. Le miraban todos como el general de los ejércitos del Señor; como el azote, no sólo de los arríanos, sino también de todos los herejes de su siglo. Asistió y presidió á muchos concilios, en los que confundió á Prisciliano, á Joviniano y á todos los otros enemigos de la fe. Sus escritos hacían tanto fruto en los

países extranjeros como en Milán; y de todas partes se le consultaba como al oráculo de la Iglesia. Con un mérito tan eminente, jamás se vio prelado más humilde. Su mansedumbre, su modestia, su afabilidad le hicieron dar el nombre de padre del pueblo; y su caridad inmensa, el de padre de los pobres. Después de haber dado todo su patrimonio, agotado sus rentas y vendido sus muebles para asistir á los miserables, vendió hasta los vasos sagrados para emplear el precio en rescatar los cautivos cristianos y aliviar los pobres durante la tiranía de Máximo.

El año 396, Fritigila, reina de los marcomanos, pueblos de Germania que ocupaban lo que comprende hoy la Bohemia, habiendo oído hablar de San Ambrosio a un cristiano que había ido a Italia, quedó tan impresionada de todo lo que le dijo de él, que no pudo dudar que la religión de Ambrosio fuese la verdadera; creyó, pues, en Jesucristo, y envió embajadores á Milán para pedir al Santo que la diera algunas instrucciones por escrito, y la señalase la regla que debía observar en su creencia y en su conducta; lo que ejecutó el Santo en una admirable carta que la escribió en forma de catecismo. Esta princesa quedó tan prendada del Santo, que ella misma vino á Milán para tener el consuelo de verle y oírle; pero se encontró con que ya había muerto.

Cayó enfermo en el mes de Febrero del año 397. El conde Estilicon, amigo íntimo del Santo, exhortó á todos los habitantes de Milán que pidiesen á Dios por la vida de un hombre que era tan necesario al bien del Estado y de la Iglesia. Estando los principales de la ciudad llorando alrededor de su cama, les dijo el Santo: No he vivido entre vosotros de modo que deba tener vergüenza de vivir todavía; tampoco temo morir, porque tengo que tratar con un Señor infinitamente bueno. Poco antes de morir se le apareció Jesucristo, quien le llenó de un dulce

consuelo y le convidó á la Gloria celestial. Finalmente, el **Sábado Santo**, que cayó á 4 de Abril del año 397, aquella grande alma fue á recibir en el Cielo el premio debido á su eminente virtud, á sus trabajos y á sus méritos. San Honorato, Obispo de Vercel, que se halló á su muerte, le administró el Viático pocas horas antes de expirar. Sus funerales fueron una pompa célebre, por la cual se empezó á darle los honores debidos á los santos, y esta veneración se ha ido aumentando con los siglos.

A más de su insigne piedad, de su celo infatigable y de sus raros talentos, tenía una ciencia tan llena de unción, y una dulzura tan particular en la expresión, que le ha hecho dar el sobrenombre de doctor melifluo, ó que destila miel. Como murió en un tiempo que, por lo común, está ocupado con el Oficio de Pascua ó de Cuaresma, la Iglesia ha fijado su fiesta á 7 de Diciembre, día de su consagración : fuera de esta fiesta hay otra que se celebra en Milán á 30 de Noviembre, que fué el día de su bautismo.

La Misa es en honor de San Ambrosio, y la oración la que signe:

i Oh Dios, que diste á tu pueblo por ministro de la salvación eterna al bienaventurado Ambrosio! Os rogamos nos concedáis que, ya que le tuvimos en la Tierra por doctor y director de nuestra vida, merezcamos tenerle por intercesor en los Cielos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es de la segunda del apóstol San Pablo á Timoteo, cap. 4.

Tarísimo: Te conjuro delante de Dios, y de Jesucristo, que ha de juzgar á los vivos y á los muertos por su venida y por su reino, que prediques la palabra,

que instes á tiempo y fuera de tiempo, que reprendas, supliques, amenaces con toda paciencia y enseñanza. Porque vendrá tiempo en que no sufrirán la sana doctrina antes bien juntarán muchos maestros conformes á sus deseos que les halaguen el oído, y no querrán oír la verdad, y se convertirán á las fábulas. Pero tú vela, trabaja en todo, haz obras de evangelista, cumple con tu ministerio. Sé templado, porque yo ya voy á ser sacrificado, y se acerca el tiempo de mi muerte. He peleado bien, he consumado mi carrera, y he guardado la fe. Por lo demás, tengo reservada la corona de justicia que me dará el Señor en aquel día, el justo Juez; y no sólo á mí, sino también á todos los que aman su venida.